

¹⁷ Cfr. FERNÁNDEZ GARCÍA, A. y RUEDA LAFFOND, J.C., "La sociedad", en MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, *Historia de España, XXXIII. Fundamentos de la España Liberal (1834-1900)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1997, p. 168.

¹⁸ Cfr. VICENTE HERNÁNDEZ, Ulpiano., *D. Rafael M^a de la Labra y Cadrana: reformador de la Educación Nacional*, Granada, Universidad, 1992, p. 78.

¹⁹ Para las relaciones entre "El Fomento de las Artes" y la Institución Libre de Enseñanza, vid. VICENTE HERNÁNDEZ, Ulpiano, *Op. cit.*, pp. 77-93.

²⁰ TURÍN, Ivonne, *La educación y la escuela en España de 1874 a 1902*, Madrid, Aguilar, 1967, p. 247 (citado por VICENTE HERNÁNDEZ, Ulpiano, *Op. cit.*, p. 78).

²¹ Cfr. LÓPEZ CASIMIRO, Francisco, *Masones en Granada (último tercio del siglo XIX)*, Granada, Comares, 2000, pp. 289-295.

²² *Ibidem.*

²³ Esta obra, en edición de 1880, y la anterior se encuentran en la Biblioteca General Universitaria de Granada.

²⁴ La impresión fue costeada por el Liceo Artístico y Literario.

²⁵ Cfr. LÓPEZ CASIMIRO, Francisco, "Al filo de un centenario. José Aguilera y «El Fomento de las Artes»": *Ideal*, 30 de diciembre de 2000, pp. 23-24. Pocos días más tarde, en las mismas páginas de *Ideal*, aparecía publicado otro artículo de TITOS MARTÍNEZ, Manuel, "José Aguilera y «El Fomento de las Artes»", añadiendo la preocupación de nuestro maestro por el fomento del ahorro así como por el excursionismo. También César Girón glosó la personalidad de José Aguilera en uno de sus programas dominicales de Radio Granada.

²⁶ ARCO MOLINERO, Ángel del, *Siluetas granadinas*, Granada 1892. La reprodujo con ocasión de su muerte el periódico *La Publicidad*, 11 de enero de 1901.

²⁷ AA.VV., *Gran Enciclopedia de Andalucía*, Sevilla, Anel, 1979.

ACCITANO ILUSTRE, SANTO DESCONOCIDO

José Luis CAMPOY GÓMEZ

RESUMEN

Don Juan de Dios Ponce y Pozo, nacido en Guadix el 25 de noviembre de 1878, estudió en el Seminario de San Torcuato. El obispo Fernández del Rincón lo envió a Roma donde obtuvo tres doctorados, en Filosofía, Teología y Derecho Canónico. Incorporado a su Diócesis en 1905 fue capellán de las clarisas, profesor del Seminario y rector, ecónomo de Santa Ana, párroco de Santiago, canónigo y finalmente administrador Apostólico de la Diócesis de Orihuela y abad de San Nicolás de Alicante. Fue asesinado en Elche por su condición de sacerdote de Jesucristo el 1 de diciembre de 1936.

Si arrancamos desde el vetusto fielato de la ciudad de Guadix, conocido Arco de San Torcuato, y ascendemos por la calle de su mismo nombre, llegamos, rápido, a la perpendicular que la corta repentinamente; es la calle Pedro Antonio de Alarcón que, en ligera inclinación ascendente, a nuestra derecha, conecta inmediatamente con la cuesta de monseñor Ponce y Pozo. Ésta se empina, sin ningún complejo, hasta trepar y darse de manos a boca con el espectacular y sobrio vértice que forman, de un lado, la bellísima fachada principal de la Catedral y, de otro, su cara lateral hacia el norte en donde ondean con gallardía la gran escalinata y fachada de San Torcuato escoltadas por la impresionante Torre. Todos estos elementos de histórica pulcritud se encuentran como encadenados y soldados por el secular abrazo del paseo de la Catedral; paseo airoso y bizarro mirador sobre la, en otros tiempos, montaraz y altiva barbacana, hoy, adamado paraje y plaza de Julia Gemella Acci. A este privilegiado triángulo viene a desembocar la urbana y estilizada avenida de Buenos Aires, otrora, frondoso camino de vega bajo un túnel de moreras gigantes y álamos negros.

Situados en este enclave de lujo cabe preguntarse la razón y origen de los nombres de nuestro callejero. Y lo hacemos. Los accitanos sabemos de San

Torcuato y de sus fervores evangelizadores; nos gozamos de ello. Sabemos quién es el mejor novelista, posiblemente, del XIX: nuestro entrañable Pedro Antonio de Alarcón. Y lo sabemos hoy mejor que ayer, recuperados sus restos tras centenaria ausencia (a decir verdad, tendríamos que conocer, también, la profunda e importante faceta del Alarcón humano y hombre de fe). En cualquier caso conocemos al magistral escritor, al político y paisano y lo admiramos. Sabemos, incluso, que Julia Gemella Acci corresponde al nombre de las legiones con las que César funda la colonia romana de Acci en el año 45 a.C.¹. Sabemos de nuestro hermanamiento con la “casi nuestra” ciudad de Buenos Aires. Mas, ¿quién es don Juan de Dios Ponce y Pozo?

Lamentablemente no es conocido. Un muy alto porcentaje de sus paisanos, a sólo sesenta y cinco años de su martirio, no saben —algunos pocos confunden— quién fue aquel ilustre hijo y vecino de Guadix. La memoria de su nombre y de su vida conecta, en angosta ascensión, la mítica Puerta de San Torcuato con la espectacular Atalaya de la Anunciación en nuestras viejas tierras. Avalan la figura de D. Juan de Dios Ponce condiciones de todo orden, más que sobradas, para ser popular y querido en su propia tierra. Tal vez lo que falta sea la divulgación adecuada de su fecunda vida y muerte para que llegue, con nitidez, a ser conocido, admirado y querido también por las nuevas generaciones en los tiempos nuevos. Naturalmente, es tarea ilusionante presentar modelos de vida como la de D. Juan de Dios Ponce en un tiempo en el que lo que nos sobra son referencias de vida fácil, irreflexiva o vacía.

1. COMENCEMOS POR EL PRINCIPIO.

Eran las cuatro de la madrugada del día 25 de noviembre de 1878. En la calle de San Francisco doña Dolores Pozo Fernández daba a luz un niño fruto de su matrimonio con el carpintero y constructor de guitarras don José Ponce Saavedra. Habían contraído matrimonio en la parroquia de Santa Ana. La nueva criatura fue bautizada dos días después de su nacimiento por don Nicolás de Lara y Orbe en la parroquia del Señor Santiago. Fue cristianado con el nombre de Juan de Dios de la Santísima Trinidad²

Nos cuenta alguien que le conoció bien que “fue un niño dócil, obediente, aplicado, piadoso...”³. Me atrevo a matizar que los niños siempre son “dóciles, obedientes...”, dúctiles y maleables al ambiente que los envuelve. Es decir, en



Dr. D. Juan de Dios Ponce Pozo

término y generales, los niños son de su ambiente y, sobre todo, los niños se deben a su familia y son fruto del proyecto que ésta elabora para todos sus miembros. Naturalmente que Juan de Dios vivió de cerca el amor al trabajo en el taller de su padre. Ayudaba desde pequeño con la intensidad que le permitían sus tareas escolares y sus pocos años. De hecho allí se familiarizó y allí, en el taller, conoció los resortes más escondidos no sólo de un buen constructor de guitarras, también alcanzó la pericia de tocarla con gusto. El testimonio, en este sentido, de sus contemporáneos, algunos ya desaparecidos, que nos ha llegado por distintos conductos, nos merece absoluta fiabilidad⁴.

En consecuencia, de una familia sencilla y esforzada brotó un hijo como lo pinta Agustín Serrano de Haro que, por añadidura, se dejó convencer por la llamada al sacerdocio. Tampoco es extraño en un ambiente de cristianos de convicción y de conducta.

Y así encontramos al joven Juan de Dios Ponce ingresado en el Pontificio Colegio Español de San José, en Roma, para estudiar Teología en la Universidad Gregoriana, enviado por su obispo D. Maximiano Fernández del Rincón, finalizados con brillantez los estudios pertinentes de Latín y Humanidades y los de Filosofía en el Seminario de San Torcuato. Corría el mes de noviembre de 1896. Nuestro joven contaba 18 años de edad⁵.

Siguiendo a su biógrafo y amigo personal Agustín Serrano sabemos que obtuvo en la Gregoriana de Roma los Grados Académicos de Doctor en Filosofía, Teología y Derecho Canónico. Allí mismo fue ordenado sacerdote el día 20 de diciembre de 1902 y a los seis días ofició su primera Misa. Aunque no salió del Colegio Español hasta finalizado el curso 1904-1905.

Acabado el curso y obtenida su tríada de doctorados volvió a la ciudad natal. Eligió Guadix y dejó Roma. Pudo haber optado por lo contrario, mas se entregó al servicio de su Iglesia local, de su Diócesis que había hecho posible tan superior formación. Correspondió con sencilla dedicación. Para empezar le encomendaron la capellanía de las monjas clarisas del monasterio de Santiago. Al mismo tiempo se hizo cargo de la cátedra de Metafísica en el Seminario de Guadix. Durante muchos años parece que la regentó pues refiere don Agustín Serrano haber sido alumno suyo en esta asignatura el año 1916⁶.

Nos adentramos en su vida apostólica. Lamentablemente, en el monasterio de clarisas no se conserva más que el grato regusto, transmitido de unas a otras, de haber sido atendidas por un sacerdote santo. Los documentos, que nos podrían proporcionar fechas y hechos dignos de mención, desaparecieron. Igual suerte

corrieron los documentos referidos al Seminario. No ocurre así, afortunadamente, con las Actas Capitulares del Cabildo Catedral de Guadix, que nos permitirán adentrarnos en momentos importantes de la vida de monseñor Ponce y Pozo.

Una realidad más importante aún que los documentos, con los que naturalmente hay que contar, es la presencia viva y testimonial de personas que conocieron de cerca y gozaron la benéfica influencia de don Juan de Dios. Me refiero exactamente a la figura familiar y querida en el Guadix del siglo XXI de don Eduardo García Padilla. Su amistad resulta un privilegio para quien esto escribe y porque conocerlo y escucharle significa conectar "en directo" con una serie de personajes de nuestra historia accitana como si en realidad se pasearan todavía a nuestro lado, por nuestras calles. En su mente y en su fluida conversación permanecen muy vivos.

A cubierto de los rigores de esta avanzadilla de verano, en el "saloncito" sobre el que se eleva la torre de Santiago y donde trabajó como párroco desde 1911 el mismo don Juan de Dios, nos disponemos a conocer en vivo, por las sinceras palabras de D. Eduardo, retazos importantes de aquel accitano eminente:

"Antes de entrar yo en el Seminario tuve oportunidad de conocer a don Juan de Dios, que sucedió como Rector a don Andrés Vílchez. El motivo que tenía para conocerlo y tratarlo, aun siendo yo pequeño, fue el ingreso de mi hermano Carlos en el Seminario. Hablo del año 1926."⁷

Don Carlos García Padilla, a quien tuvimos la suerte de conocer años ha y del que recordamos la bondad de su semblante, llegó a ser sacerdote de feliz memoria. Fue ordenado el 2 de junio de 1940. Comenzó a los doce días exactos su vida apostólica en la parroquia de Caniles, de coadjutor, donde tenía su residencia. Al mismo tiempo lo nombraron párroco del anejo de Rejano; más tarde, también, se ocupó de la parroquia de las Balsillas. En diciembre de 1942 fue nombrado coadjutor en Cúllar y al mismo tiempo párroco de Pozo Iglesias y encargo de la parroquia de El Margen. En abril de 1944 fue nombrado párroco de Graena; en 1951 es párroco de Benalúa y encargado de la parroquia de Bejarín; en 1953, párroco de Alcudia y encargado de Exfiliana; en 1961 fue nombrado párroco de Galera y en 1967 párroco de Pedro Martínez. Aquí fue arcipreste hasta el año 1968 en el que falleció a la temprana edad de 54 años⁸. La imagen que tenemos de don Carlos es la de un sacerdote diligente dispuesto siempre a servir donde quiera que hacía falta su presencia. Prueba de ello es su amplio peregrinar apostólico por las no siempre accesibles parroquias de la Diócesis. Sacerdote virtuoso y amigo de la gente sencilla, su hermano rememora la entrañable despedida que le hizo D. Juan de Dios, como rector del Seminario, cuan-

do el entonces seminarista Carlos hizo frente a su obligación de "militarizarse con los de su quinta, los de la quinta del 35":

"Tres años después que mi hermano ingresé yo en el Seminario. Allí permanecí hasta el año 1932; hacía tercero de Humanidades cuando abandoné por razones de salud. Después no volví. El ambiente no era propicio. Aunque siempre me he manifestado, incluidos aquellos años difíciles en los que se preparaban tiempos peores, como cristiano y devoto adorador del Santísimo. Recuerdo una noche en la que acudimos al barrio de San Miguel...."

Aquí evoca don Eduardo anécdotas de interés en las que participa con compañeros y amigos, algunos de ellos asesinados por la simple razón de ser consecuentes con su condición de católicos. Entre ellos se encontraba el presidente del Consejo Diocesano de Adoración Nocturna don Rafael Casas y otros amigos suyos accitanos. Todo ello merecería ser contemplado en un capítulo propio. Mas ahora nos centramos en la figura de monseñor Ponce y Pozo. Don Eduardo, todo él, se hace elogio y recuerdo agradable de D. Juan de Dios Ponce:

"No puedo conservar recuerdos más gratos de él como Rector del Seminario. Nos atendía con gran agrado y enorme respeto a pesar de ser niños como éramos. Mantenía amistad cordial con nuestros padres. **Era agradable, respetuoso y de majestuosa bondad.** Nos ayudaba siempre que lo necesitábamos, a cualquier hora y en cualquier momento."⁹

Don Eduardo se entusiasma con los recuerdos y sigue:

"Fue también consiliario de la Asociación de Padres de Familia. Como la Acción Católica. ¡Ahí sí que se volcaba D. Juan de Dios! Y sobre todo no podía ver sufrir a nadie. Lo daba todo, materialmente todo lo que tenía y eso que tenía poco. Su especialidad era socorrer a los necesitados vergonzantes. Estos eran aquellos que se quedaban sin nada, sin ropa, sin comida y además les daba vergüenza pedir. El colmo de la desgracia. Bueno, pues a éstos D. Juan de Dios llegaba con una maña especial y con gran delicadeza. Y eso que en aquel tiempo le quitaron la paga a los curas. Me contaba D. Francisco Jiménez, ¿te acuerdas de él, verdad? Me contaba que los curas tenían que enviar el parte de su situación económica al Sr. Obispo, a D. Manuel Medina Olmos, pues algunos lo pasaban muy mal y así les podía socorrer el Obispado."

Al hilo de estas sentidas palabras de don Eduardo recuerdo lo que menciona Agustín Serrano a propósito del comportamiento de D. Juan de Dios en tal sentido:

"Hay vidas que más que seguir las paso a paso, se prestan a apreciarlas en su conjunto, porque su característica es la unidad. Podría hasta decirse que no ofrecen relieves extraordinarios porque íntegramente, totalmente, constantemente están asumidas, ennoblecidas, exaltadas por un ideal. Y así lo que en otras sería anécdota llamativa en ellas es la constante indeficiente.... Yo me atrevería a decir que D.

Juan de Dios Ponce no tiene anécdotas. Toda su vida fue la anécdota sencilla y luminosa de un Sacerdote de Cristo entregado a su ministerio y a hacer el bien a manos llenas... Yo sé de unas ropas nuevas que su buena hermana no lograba encontrar y que llevaba sobre su cuerpo flaco un necesitado (me lo ha contado su sobrina carnal Doña Encarnación Escandel Ponce de Cantarero)."¹⁰

Meditando las palabras del desaparecido escritor y amigo de Monseñor, impresas hace treinta años y recreándome hoy con la emocionada conversación —emocionada a pesar y por encima del tiempo— del Sr. García Padilla, oficial jubilado de Notarías, también amigo de Monseñor, encuentro en ambos la honesta similitud de la verdad. Los dos testimonios, tan distantes en el tiempo, se alejan de lo anecdótico referido a la vida de D. Juan de Dios Ponce. Tampoco don Eduardo desciende en su amplia y amena conversación a la anécdota. En todo momento habla con el corazón sobre un sacerdote que conoció en su niñez, "un sacerdote entregado a su ministerio que consistía en hacer el bien siempre y a todos, sin distinción"¹¹.

Y lo hizo. Sabemos que le cupo la oportunidad de entregarse a hacer bien desde muchos ángulos. Aún perviven en nuestra memoria, a pesar de los años, las conversaciones y paseos estivales con D. Manuel Ballesteros, quien lo conoció como alumno y posteriormente sucedió como rector del Seminario. Muy explícito se mostraba don Manuel al hablar de él como "predicador sereno y pacífico que llegaba al corazón". Pero hablaba, además, del sacerdote entregado especialmente a toda obra social y cultural.

Más cercano en el tiempo está el testimonio de D. Alfredo Raya. También lo conoció. Fresca se conserva la sombra del enorme pino, en su última residencia, bajo el que dialogábamos de todo. A poco que centremos el dial del recuerdo aún escuchamos con nitidez su voz y su sonrisa sonora. De D. Juan de Dios lo último que le escuché fue su inquietud porque el proceso de beatificación debería ir más adelantado: "Fue santo en su vida, bueno en todo lo que hizo y fue mártir, ¿a qué esperamos?". Hizo el bien en todos los puestos que le asignó la Iglesia. Estuvo muy presente en las memorables fechas que precedieron y prepararon la Coronación canónica de la Virgen de las Angustias, Patrona de Guadix, el 21 de septiembre de 1923. Desde el año 1908 en el que fue presidente de la Comisión organizadora de la Hermandad de la Virgen hasta la misma Coronación no hubo un acto civil o religioso, comisión o divulgación periodística en la que no tomara D. Juan de Dios parte activa¹².

Ya lo hemos visto de capellán de religiosas, profesor de Filosofía y rector del Seminario. De esta última tarea se ocupó hasta su marcha de Guadix, en

octubre de 1935. Y lo hizo porque el papa Pío XI lo nombró administrador Apostólico de la Diócesis de Orihuela el mismo mes y año¹³.

Atrás quedan sus importantes ocupaciones a las que se entregó con toda el alma, a decir de quienes hemos escuchado: ecónomo de la parroquia de Santa Ana en 1907, párroco de Santiago en 1911 hasta 1913, año en el que oposita a canonjías; después es lectoral y en 1925, siendo obispo D. Ángel Marquina Corrales, accede igualmente por oposición a la canonjía doctoral¹⁴. Tanto se entregó y tan profundamente que, llegado el momento de abandonar Guadix para servir donde lo necesitaban, "Guadix lo despidió con pena. Orihuela lo recibió con todo respeto que pronto se transformó en admiración y cariño"¹⁵.

Llegados a este punto D. Eduardo García Padilla comenta con nostalgia que en aquella despedida, lamentablemente resultaría definitiva, tuvo la última oportunidad de ver a monseñor Ponce. Y lo vio llorar al irse de Guadix. Como lo vieron y despidieron "con pena" cuantos acudieron a las veladas de despedida que le dedicaron los seminaristas, los antiguos alumnos accitanos en el Colegio Español de Roma, la Asociación de Padres de Familia que él presidía y tantos y tantos amigos que habían sido testigos de su "majestuosa y sencilla bondad". Y sin embargo, por las calles del Guadix actual, qué poquitos le recuerdan. Es ley de vida, se me dirá. Pero no debe ser esa la ley de la historia de los pueblos. En ella debe resplandecer el nombre de los hombres y mujeres que lo entregaron todo por ellos. Pensando en esto andaba cuando me encuentro a D. Juan García Moreno, buen conversador y amigo. Directamente le pregunto:

"Sí, lo conocí. Y lo traté porque era amigo de mis padres que vivían en la calle Ancha frente a la casa grande en cuya segunda planta vivió la hermana de Don Juan de Dios¹⁶. Allí acudía diariamente. Un santo varón, un hombre de Dios, de verdad. Mira, un día de invierno, con viento terrible, hicimos viaje a Granada en un coche del punto. D. Juan de Dios también venía. Yo era pequeño, iba con mi padre. A la vuelta se paró el coche en esas sierras con un frío y un viento del demonio:

— ¿Qué pasa?— preguntaron los mayores.

— Que nos han robado la gasolina en Granada— contestó desesperado el conductor.

— Pero hombre, ya te dije que no te retiraras del coche— le recordó D. Juan de Dios.

— ¿Qué va a pasar ahora?— pregunta angustiada de todos.

— Nada, no preocuparos. Recemos un poco que Dios no nos ha de abandonar.

A los pocos minutos pasaba una camioneta que nos proporcionó el combustible imprescindible para continuar."

Con pena en Guadix, con el respeto, admiración y cariño de los orcelitanos, tenemos a nuestro paisano monseñor Ponce y Pozo administrador Apostólico de la Diócesis de Orihuela y abad de la iglesia de San Nicolás de Alicante.

Difícil cargo y difícilísimos tiempos. ¡Estaba tan próxima la fatídica noche del día 30 de noviembre de 1936!

En la cárcel de Orihuela un guardia penetra en la celda. En ella se aloja Monseñor con otros sacerdotes y amigos. A sus espaldas cuelga la fatal culpa, el grave delito de ser "enemigos del pueblo". El guardia escupe sus nombres: "Esteban Zarzo, Eduardo Torres, Juan Ponce, Carlos Esquer. Que se vistan para ir a Alicante a las órdenes de aquel Comité". El terror es indescriptible. Y mientras los nombrados se disponen a vestirse, resuena la misma fatídica voz del vigilante en otras celdas: "Vicente Blanco, Jaime Soriano, Antonio Abadalejo, José Aznar, Ramón Juan". No ignoran que ha llegado el momento del martirio. Así lo da a entender el Sr. Administrador al decir: "Por algo no podía conciliar el sueño esta noche". Y luego a mi oído: "¡Ruegue usted a Dios por nosotros!" Y entre el silencio respetuoso de la cárcel, desfilan por los diferentes departamentos, despidiéndose más que con la palabra con la vista aquellos diez hombres...

Lo anterior es testimonio autógrafo de un compañero de celda de aquellos sacerdotes, D. Manuel Mira, párroco de La Matanza (Alicante), quien se libró de la muerte arbitraria e injusta y un 28 de abril de 1971 escribió a D. Agustín Serrano la carta de la que entresacamos también lo siguiente:

"D. Juan fue tan digno en la cárcel como humilde en el gobierno de la Diócesis. Ve la muerte a dos palmos y se preocupa de sus compañeros. Nada le sobra y comparte su pan con los necesitados. Cuando habla no es el maestro que enseña, sino el amigo que consuela y fortalece. Casi siempre trata del martirio y su eficacia y poder expiatorio. Y siempre termina sus exhortaciones sencillas y amenas con estas palabras ¡Qué felicidad! ¡De la carretera al Cielo! Amigos y enemigos afirmaban que era un santo."¹⁷

Prodigiosamente, el sepulturero de Elche donde se produjo tan incomprensible siega de vidas, incomprensible e inaceptable como todos los asesinatos de todos los tiempos, era un hombre bueno y un hombre de fe. Gracias a su astucia y habilidad —consciente de que enterraba mártires— fue fácil la inmediata identificación de los cadáveres de aquellos sacerdotes, pasados los años de la "incivilidad".

Otro paisano y amigo de Monseñor desde la infancia tocó todos los resortes en unión del Cabildo Catedral para traer los restos de su vecino y compañero de juegos. A su Guadix lo devolvió don Francisco Rincón tras muchas gestiones y viajes. Fue un regreso en loor de multitudes, no obstante estar abiertas tantas heridas y tan recientes. Sin embargo todos pudieron contemplar en él al

hombre sencillo, al sacerdote entregado, inmolado inútilmente en el paroxismo de la injusticia. Desde cualquier posición todos sus paisanos lo recibieron como alguien muy próximo y cercano que había sufrido los horrores de la barbarie como el más humilde de cuantos cayeron donde quiera que fuere.

Transcurría con lentitud la primera mitad del mes de octubre de 1939¹⁸. Guadix recibió a su hijo, despedido con pena cuatro años atrás, con la emoción de haberlo recuperado, tras la desgarradora pesadilla. "Entrados los restos de monseñor Ponce en Guadix —continúa don Eduardo—, fue conducido por la multitud hasta la iglesia de la Virgen de las Angustias. En la capilla de San Antonio fue velado durante toda la noche hasta que al día siguiente se produjo el entierro con asistencia de todas las autoridades, fundidas con su pueblo. La gran comitiva se puso en camino hasta la Catedral. Pasando por el Seminario se detuvo el cortejo y se rezó un responso. Se llegó hasta la Catedral en donde estaba preparado su lugar definitivo de descanso a los pies del Cristo de Burgos, en la capilla de la Sagrada Familia". Una losa de mármol blanco cubre sus restos. En ella puede leerse, en idioma latino, la siguiente inscripción:

"Aquí yacen las sagradas reliquias del Canónigo / Doctoral de este Cabildo, de alto entendimiento / y gran piedad, preclaro en trabajos y dignidades, / nacido en esta ciudad accitana. Finalmente / desempeñó el cargo de Administrador / Apostólico de la Diócesis de Orihuela, / el Ilustrísimo Señor Juan de Dios Ponce y Pozo. / El cual ya disfruta de la luz eterna tras sufrir / con gusto la muerte del martirio por los marxistas / el primer día del mes de Diciembre de 1936. / Se entregó a Dios por su Patria y por la / salvación de sus asesinos. / Ha vivido con el ejemplo. Vence con la virtud y / perdura en el recuerdo."

La nobleza de los pueblos radica en el corazón de sus hijos. Guadix posee la virtud y no sólo el título, pues está sembrado su suelo de corazones como los de monseñor Ponce y Pozo. Su estela no desaparece en nuestro ocre horizonte de arcilla aunque la memoria flaquea.

Para admirar las cualidades de los hombres ilustres hay que ahondar en sus vidas. Para imitar las virtudes de los Santos es imprescindible conocerlos y aproximarnos a ellos. Por otra parte, nada más edificante para un pueblo que ver a sus hijos proclamados por la Iglesia modelos dignos de imitar también ahora o, quizá, ahora mejor que nunca. Por ello, sin más mérito que el ser paisano de D. Juan de Dios Ponce y Pozo, nacido en el mismo entorno, bautizado en la misma pila parroquial, y correteado las mismas calles y placetas de su niñez, me atrevo a hacer mías las palabras de D. Alfredo Raya:

"Fue santo en su vida, bueno en todo lo que hizo, y fue mártir, ¿a qué esperamos?"

APÉNDICE DOCUMENTAL

1913, junio, 26. Guadix.

Transcripción de la partida de bautismo de D. Juan de Dios Ponce, extendida por él mismo, como párroco de la iglesia de Santiago de Guadix (se conserva otra también extendida por él el día 10 de octubre de 1911).

El Dr. D. Juan de Dios Ponce Pozo Pbro. Cura Propio de la Iglesia Parroquial del Sor. Santiago de esta Ciudad. Certifico que en el libro cuarenta de Bautismos y al folio doscientos setenta y vuelto se encuentra la siguiente:

En la Ciudad y Obispado de Guadix, Provincia de Granada día veinte y siete de Noviembre de mil ochocientos setenta y ocho. Yo D. Nicolás de Lara y Orbe, Cura Propio de la Iglesia Parroquial de Santiago de la misma, bauticé solemnemente en ella a un niño que nació el veinte y cinco a las cuatro de la mañana en la Calle de San Francisco hijo legítimo de José Ponce Savedra [sic], carpintero y de Dolores Pozo Fernández, casados y velados en la Parroquia de Santa Ana. Abuelos paternos Antonio Ponce Marcos y Josefa Saavedra Gomez, y maternos Francisco y Ramona, esta de Orce y los demás de esta Ciudad naturales y vecinos, le puse por nombre: Juan de Dios de la Santísima Trinidad. Fueron sus padrinos Juan José Villegas y su mujer Encarnación Hernandez Gallego de esta Ciudad, á quienes advertí el parentesco espiritual y obligaciones contraídas, siendo testigos D. Gerónimo Giménez y D. Gerónimo Olivencia. Y para que conste lo firmo: Licdo. Nicolás de Lara y Orbe. Hay una rúbrica.

Es copia fiel y exacta de su original: Guadix á veinte y seis de Junio de mil novecientos trece.

Dr. Juan de Dios Ponce Pozo



C.1.598.770*

24

V. 1515 NO

1776

D. Fr. Juan de Pios de la Orden de S. Francisco (Cano-
nigo de la Iglesia Parroquial de S. Santiago de esta
Ciudad de Madrid)

Carta que en el Libro de la Biblioteca
fol. 270, y vuelta, se halla lo siguiente:
En la Ciudad y Obispado de Madrid,
Provincia de Castilla, P.ª de Henle y de la de Ma-
drid de mil ochocientos y setenta y siete, yo D.
Juan de Pios de la Orden de S. Francisco (Cano-
nigo de la Iglesia Parroquial de S. Santiago de la misma Ciudad)
del cruceamiento en ella a mi cargo que en el presente
y cinco a las Puercas de la misma en la Calle de S.
Juan de la Legitimada de San Pedro de la Cruz, por
quintero y de Pedro de la Cruz de la Cruz de la Cruz
lados en la Parroquia de S. Juan, a saber, y personas
Alonso Ponce de Leon y José de la Cruz de la Cruz
y personas Juan de la Cruz y Ramona, de la Cruz de la Cruz
mas de esta Ciudad, naturales y no naturales y personas
nombres Juan de Pios de la Cruz de la Cruz de la Cruz
Arce de la Cruz de la Cruz de la Cruz de la Cruz de la Cruz

Inscrita en el Libro de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, fol. 270, y vuelta, no. 140.

unger Eucamonion Meriander Veltgo
 de eta Pindol, e gñines a d'viti ed praxente
 ex pñtial y obligaciones Pñtialas Pñdo
 beliger de Veramine Vñmion y Veramine
 olivancia y para qñ Pñto lo fñve = V. de
 Nica la Vñra y orbo =

Yo garñte la invñta de Pñfome Pñdo de
 origñal a qñ me rapñe. Pñdo de dñe de
 doñdo de no mñdo mñdo de



Dr. Juan de Dios Ponce.

NOTAS

- ¹ ASENJO SEDANO, Carlos, *De Acci a Guadix*, Granada, Diputación Provincial, 1980, p.72.
- ² Archivo Parroquial de Santiago de Guadix (A.P.S.Gu.). La realidad documental se impone a la opinión de don Agustín Serrano de Haro, manifestada en la biografía, espléndida y cordialísima biografía a la que recurriremos en más de una ocasión, tal vez dejado llevar de su corazón de "santanero". Allí afirma que don Juan de Dios fue bautizado en Santa Ana. En esta Parroquia no se han hallado documentos.
- ³ SERRANO DE HARO, Agustín, *Don Juan de Dios Ponce, sacerdote ejemplar*, Sevilla 1971, p. 9.
- ⁴ Testimonios orales de D. Manuel Ballesteros y D. Juan López.
- ⁵ SERRANO DE HARO, Agustín, *Op. cit.*, p. 11.
- ⁶ *Ibidem*, p. 12
- ⁷ Declaraciones de D. Eduardo García Padilla al autor (Guadix, junio de 2001).
- ⁸ Archivo de la Secretaría del Obispado de Guadix-Baza.
- ⁹ El subrayado es nuestro.
- ¹⁰ SERRANO DE HARO, Agustín, *Op. cit.*, p. 40.
- ¹¹ Declaraciones de D. Eduardo García Padilla al autor (Guadix, junio de 2001).
- ¹² Cfr. FERNÁNDEZ SEGURA, Francisco José, *La Virgen de las Angustias Patrona de Guadix (1906-1964). Datos para un estudio socio-religioso*, Guadix 1984
- ¹³ Archivo Histórico Diocesano de Guadix (A.H.D.Gu.).
- ¹⁴ A.H.D.Gu.
- ¹⁵ SERRANO DE HARO, Agustín, *Op. cit.*, p. 18.
- ¹⁶ Se trata de la casa nº 30 en la calle Ancha, que fue de D. Manuel Aguilera.
- ¹⁷ SERRANO DE HARO, Agustín, *Op. cit.*, pp. 66 y ss.
- ¹⁸ Esta fecha nos la proporciona D. Eduardo García Padilla, pues ni siquiera la encontramos en la biografía de Agustín Serrano.